

## Los que no piensan como yo

**D**ESDE que el mundo es mundo, la humanidad siempre ha estado dividida en dos bandos: los tontos, y sus distintas especies y variedades, los que no piensan como yo, que son la mayoría, seguramente muchos de ustedes, y los sabios, una minoría, yo por supuesto, y también algunos de ustedes, pocos. Me gustaría poder creer una cosa así, la mayoría de la gente la cree, pero si he de serles sincero, tengo la sospecha de que todos somos un poco, o un mucho, tontos. Yo sin nin-

guna duda, y sí, ustedes seguramente también. Es más, estoy convencido de que la tontería nos es consubstancial, y me alegra que el autor coincida conmigo, o mejor dicho, me alegra coincidir con él. Por lo demás, quien no reivindique sus tonterías, quien se postule como una persona inteligente, culta, cabal, irreprochable, es que es rematadamente tonto. Y entonces ya no hay nada que hacer, créanme. De manera que tontos somos todos, o lo podemos ser, o lo hemos sido en algún momento de

nuestra vida, y a mucha honra. Estúpidos seguramente también. Pero suena más fuerte y parece que tiene peores consecuencias. Y sobre todo, el estúpido suele hacer el mal a conciencia, mientras que el tonto no hace daño a nadie.

*Breve tratado sobre la estupidez humana*, además de una glosa de un puñado de estupendas citas sobre la estupidez del hombre, es un sano ejercicio de higiene mental. El autor ha dividido su libro en una introducción y seis cortos capítulos, encabezados cada uno por una cita (Russell, Cicerón, Goethe, Montaigne, Chesterton y Unamuno), y un epílogo para terminar, en el que nos da unos sabios consejos, si no para evitar la estupidez, al menos para disimularla. El autor parte de una hipótesis: la estupidez es el motor de la historia. Y podemos estar de acuerdo con él en que la estupidez y la maldad humanas son las causantes de muchas catástrofes, siempre y cuando asumamos que esa maldad y esa estupidez no nos son ajenas. Por lo demás, si es verdad que el número de estúpidos, como el de personas sensatas, crece exponencialmente, los estúpidos, al ser infinitamente más numerosos, tienen la batalla ganada de antemano. Los medios de comunicación de masas, la tecnificación de todos los procesos de producción, la globalización, el marketing, el cinismo, la ignorancia, la corrupción, la arrogancia, no sólo no son ajenos a la estupidez, sino que muchas veces son su caldo de cultivo, su expresión.

Las tonterías y los tontos son innumerosos a los razonamientos. Aunque el autor no los cite abierta y directa-

mente, es fácil identificar quiénes son hoy los tontos y sus aliados: «Aquellos que tienen facilidad para hacerse sitio en algunos medios de comunicación», los que consideran los pactos «un papelucho» y «rompen la constitución en público». No hace falta dar nombres. El autor pone en el punto de mira a los nacionalismos y a los «demócratas de toda la vida», que abogan por la democracia olvidándose de la democracia.

Otro criterio para decantar tontos es la alternancia entre libertad e igualdad. Porque el tonto siempre ha sido envidioso y no soporta bien que haya otros tontos más tontos que él. Que hoy sean más visibles, que hagan más ruido, que tengan más influencia, sólo se debe a que hoy disponen de medios infinitos para promocionar su estupidez a escala planetaria. El autor dedica también algunas reflexiones al lenguaje no sexista, que mucho me temo no van a ser bien recibidas en algunos medios. El animalismo, el nacionalismo catalán, el terrorismo de ETA, pueden utilizarse igualmente como ejemplos de estupidez recalciante. Sin embargo, en todos estos casos, yo no hablaría de estupidez ni de estúpidos. Se trata, creo yo, de fenómenos muy diferentes, y sin duda más complejos. Y el apelativo de estúpido se queda casi siempre corto. Leer, y leer sobre todo libros de historia para evitar en lo posible la estupidez. Un buen consejo sin duda, pero no nos hagamos demasiadas ilusiones al respecto. Conocer la historia no nos va a librar de la estupidez. Tampoco la lectura, mal que nos pese, pues la estupidez no es patrimonio de la igno-

rancia, y hay y ha habido siempre grandes estúpidos ilustrados.

Todo es relativo, argumenta el tonto cuando se descubre su impostura, no hay verdades absolutas. Evidentemente, cuando el tonto recurre a semejantes argumentos está eludiendo la confrontación, el diálogo, el cuerpo a cuerpo, y reclamando su derecho, inalienable por supuesto, a decir todas las tonterías que se le antojen. Lo que yo digo, lo que yo hago, lo que yo pienso, vale tanto, o tan poco, como lo que dices, haces, o piensas tú. Dicho de otro modo: Yo soy yo y tú eres tú. Se acabó la discusión. Los ejemplos que pone el autor de verdades definitivas son incuestionables, pero tienen más que ver con la justicia social que con la verdad. La abolición de la esclavitud, el derecho al voto, la libertad de expresión, hay que ser muy estúpido para dudar de estas cosas. Y sin embargo hoy están más amenazadas que nunca. Tal vez no se niegue la libertad, pero se la coarta, se la limita, se la escatima; tal vez no se niegue el derecho al voto, pero se amañan las elecciones, se influye en los resultados de di-

ferentes y sofisticadas maneras. Y en cuanto a la libertad de expresión, parece que hoy se haya convertido en la libertad de mentir impunemente, la libertad de sepultar la verdad bajo toneladas de información irrelevante, deformarla, silenciarla, e incluso, como del cinismo, ridiculizarla.

Concluamos. ¿Se puede dejar de ser estúpido, es decir, dejar de hacer estupideces en un mundo gobernado por la estupidez, un mundo en el que la estupidez es un modelo de conducta, en el que los estúpidos ocupan los mejores puestos, mientras dicen y hacen las mayores estupideces con total impunidad y sin recato alguno? ¿Se puede permanecer al margen como si la cosa no fuese con nosotros y dormir tranquilo? Al margen no hay nada. Al margen no existes. Una existencia al margen es inconcebible. Porque vivir al margen significa vivir al margen de la vida. Y al margen de la vida no hay vida.— MANUEL ARRANZ.

Ricardo Moreno Castillo, *Breve tratado sobre la estupidez humana*, prólogo de Francesc de Carreras, Madrid, Fórcola, 2018.